

Dos cosas habría que contar aquí: cómo entiende sor Isabel el silencio interior, y cómo hace ella el apostolado de ese su evangelio del silencio. Pero es preferible cederle la palabra a ella misma:

El silencio es fortaleza:

En el «último retiro», sor Isabel se nutre de estas dos palabras bíblicas: «mi alma está siempre en mis manos», del salmo 118; y «mi Regla también dice: en el silencio estará vuestra fortaleza», palabras de Isaías. En ella, resuenan así: «Mi alma está siempre en mis manos: ¿qué significa esto sino el dominio absoluto de sí mismo en presencia del Rey pacífico?... Conservar la fortaleza para Dios es, en mi opinión, conseguir la unidad en todo nuestro ser mediante el silencio interior. Es recoger todas nuestras potencias para emplearlas solamente en el ejercicio del amor. Es tener aquella *mirada sencilla* (Mt 6, 22) que permite a la luz de Dios iluminarnos...» (día 2.º del Último Retiro).

Silencio ante Dios, es adoración profunda:

«... adoración! Es una palabra propia del cielo. Se la podría definir diciendo que es el éxtasis del amor. Es el amor abrumado por la hermosura, la fortaleza, la inmensa grandeza del Objeto amado. Es el amor que sufre una especie de desfallecimiento, que cae en total y profundo silencio, en aquel silencio de que hablaba el Rey David cuando decía: "el silencio es tu alabanza" (salmo 71, 15) SILENTIUM TIBI LAUSI Sí, es la más bella alabanza porque es la que se canta eternamente en el seno apacible de la Trinidad... Adorad al Señor porque es santo, se dice en un salmo (98, 9). Y en otro: se le adorará siempre por ser quien es (71, 15). El alma que permanece absorta en estos pensamientos, que profundiza en ellos con aquel *sentido divino* de que habla san Pablo (1Cr 2, 16), vive en un cielo anticipado...» (día 8.º del Retiro).

Silencio en espera (último día del postrer retiro):

«... como el pájaro halla su casa donde recogerse, y la golondrina su nido donde poner sus polluelos (salmos 83, 4), así «Lau-

dem gloriae», mientras espera su tránsito a la Jerusalén santa, *beata pacis visio!*, ha encontrado su retiro, su felicidad, su cielo anticipado, donde comienza a vivir su vida eterna. *Mi alma permanece silenciosa en el Señor; de El espero mi salvación. El solo es mi roca, mi salud y mi refugio. Nunca vacilaré* (salmo 61, 2-3)... El Señor me ha dicho, como a Zaqueo: *baja pronto, porque hoy me hospedaré en tu casa...* Baja pronto: pero ¿adónde? A lo más profundo de mi ser...».

Doctora del silencio:

— A su hermana Guita, le escribe sor Isabel poco antes de entrar en el Carmelo (a los 20 años): «Doy gracias al Señor, porque —según creo— nos ha concedido idéntico temple de alma... Olvidémonos, no pensemos más en nosotras. Vayamos a El y desaparezcamos en El. ¿No te parece que sentimos cada vez más esa necesidad de silencio interior? Reduzcamos todas las cosas al silencio para oírle a El solo. Es tan agradable permanecer en silencio junto al divino Crucificado...» (carta 31).

— A una joven, amiga suya, le escribe desde el Carmelo, recién estrenado: «Esta es la vida en el Carmelo: vivir en El... El alma descubre a través de todas las cosas a aquel a quien ama, y todo la lleva a El. Diálogo cordial e ininterrumpido con El. De este modo, tú puedes ser ya carmelita en espíritu. Ama el silencio y la oración, porque constituyen la esencia de nuestra vida carmelitana. Pide a la Reina del Carmelo, nuestra Madre, que te enseñe a adorar a Jesús en profundo recogimiento...» (carta 118).

— A un sacerdote de la ciudad, el canónigo señor Angles, le habla de su vocación de carmelita, recordando los versos de san Juan de la Cruz, y las palabras del Cantar de los Cantares: «Sí, *he hallado a Aquel a quien ama mi alma*, único necesario que nadie me puede arrebatar... Quisiera ser un alma totalmente silenciosa para penetrar cada vez más en El. Quisiera llenarme con tal plenitud de El, que pudiera darle, mediante la oración, a esas pobres almas que no conocen el don de Dios» (carta 119).

— Y a un seminarista, que se prepara a su ordenación: «Le mando ese hermoso pensamiento que me escribieron hace unos días: *la fe es el cara a cara en las tinieblas...*

X
San Juan de la Cruz:
oración, música callada

No nos interesa aquí recoger la sabia lección de fray Juan de la Cruz sobre el silencio del hombre ante el silencio de Dios: su teología del silencio contemplativo. Él ha gustado el silencio de las altas cimas de la contemplación, como los alpinistas disfrutaban el puro silencio de las altas cordilleras. Al frente de su libro «Subida del Monte Carmelo», fray Juan colocó un dibujo lleno de rutas para la escalada. Pero en la cima misma de la montaña escribió estos tres lemas: «iuge convivium», «divinum silentium», «divina sapientia». «Banquete perenne / divino silencio / sabiduría divina». Ese dibujo lo daba fray Juan a sus discípulos y discípulas. Junto con él les ofrecía, en pequeños billetes, consignas en «Dichos de luz y amor» o «avisos y cautelas» que eran —como el dibujo del monte— auténticos condensados de su pensamiento espiritual. Nos basta espigar en ellos consignas de silencio:

«Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma» (*Dichos de luz y amor*, 21).

«La mayor necesidad que tenemos para aprovechar es callar a este gran Dios con el apetito y con la lengua, cuyo lenguaje que Él más oye, sólo es el callado amor» (*Avisos*, 10).

«No mirar imperfecciones ajenas, guardar silencio y continuo trato con Dios, desarraigarán grandes imperfecciones del alma y la harán señora de grandes virtudes» (*Dichos*, 38).

«La sabiduría entra por el amor, silencio y mortificación. Grande sabiduría es saber callar y no mirar dichos ni hechos ni vidas ajenas» (*Dichos*, 29).

«Mire aquel infinito saber y aquel secreto escondido. ¡Qué paz, qué amor, qué silencio está en aquel pecho divino, qué ciencia tan levantada es la que Dios allí enseña, que es lo que llamamos actos anagógicos, que tanto elevan el corazón» (*Avisos*, 17).

Como todos los grandes orantes, fray Juan de la Cruz insiste en la pobreza e insuficiencia de nuestras palabras, cuando nos dirigimos a Dios. Toda forma de oración, incluso la rezada a base de palabras y fórmulas hechas, es una llamada o un plano inclinado hacia la contemplación. Y la contemplación, que es «sabiduría de Dios amorosa», pasa ineludiblemente por una espaciosa zona de silencio: «el espíritu bien puro no se mezcla con extrañas advertencias ni humanos respetos, sino solo en soledad, interiormente, con sosiego sabroso se comunica con Dios, porque su conocimiento es en silencio divino». Y ahí apunta el mismo fray Juan cuando se pone en oración: «Oh cuán dulce será a mí la presencia tuya, que eres sumo bien. Allegarme he yo con silencio a Ti, y te descubriré los pies, porque tengas a bien juntarme contigo...».

Pero silencio no de solos ruidos y palabras, sino del flujo y reflujo de imaginaciones y pensamientos interiores: «Por lo cual, mejor es aprender a poner las potencias en silencio y callando para que hable Dios...» (*Subida*, 3, 3, 4).

En el *Cántico Espiritual*, el Santo reservó dos estrofas para celebrar ese paso del orante, del ruido de palabras al silencio interior. Ocurrirá que la inmensa polifonía de las bellezas y las cosas creadas se le irán convirtiendo suavemente dentro del alma en música callada y soledad sonora.

He aquí esas dos estrofas:

«Mi amado las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

la noche sosegada,
en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora».

Y su comentario: «En aquel sosiego y silencio de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la Sabiduría en las diferencias de todas sus criaturas y obras, todas y cada una de ellas dotadas con cierta respondencia a Dios, de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y